

Libro 9/72

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
RECREATIVO Y PINTORESCO.

HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,
establecimientos balnearios,
produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

por

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador, n.º 24 y 25.

1872.

ISLA DE CUBA.

ISLAS CANARIAS.

PUERTO-RICO.

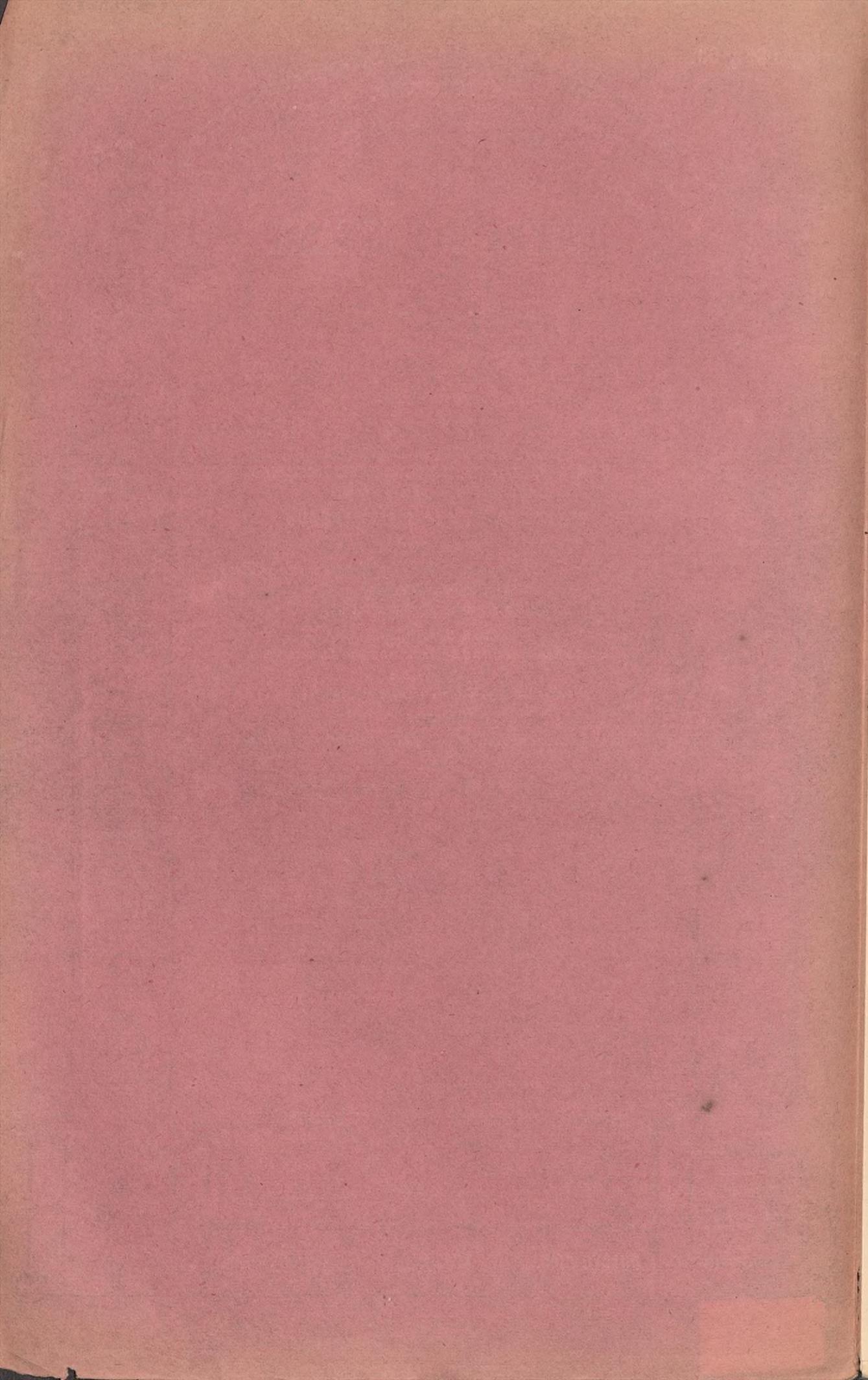
FILIPINAS.

FERNANDO POO.

- Madrid.
- Toledo.
- Villadolid.
- Cuenca.
- Guadalajara.
- Zaragoza.
- Murcia.
- Teruel.
- Huesca.
- Tarragona.
- Lérida.
- Gerona.
- Valencia.
- Alicante.
- Castellón.
- Núria.
- Albacete.
- Córdoba.
- Jara.
- Granada.
- Almería.
- Málaga.
- Sevilla.
- Cádiz.

- Huesca.
- Badajoz.
- Cáceres.
- León.
- Salamanca.
- Zamora.
- Oviedo.
- Burgos.
- Valladolid.
- Palencia.
- Ávila.
- Segovia.
- Soria.
- Logroño.
- Santander.
- Alava.
- Guisuano.
- Vizcaya.
- Coruña.
- Lugo.
- Orense.
- Pontevedra.
- I. Baleares.
- Navarra.

L47
2942



Católicos y de sus hijos, celebróse aquí con gran pompa y decoraciones y trajes, el Misterio del nacimiento del Hijo de Dios (1).

—¿Y ese Misterio tenía ya alguna forma de nuestras obras dramáticas?

—Era el nacimiento, por decirlo así, del teatro, era la alborada del arte dramático, que dió comienzo en los templos para desarrollarse y salir mas tarde fuera de aquel estrecho círculo.

Hablando de este modo nuestros viajeros iban admirando á la par, las veinte columnas que sostienen las cinco naves, formando agrupaciones de ocho columnitas, en las que se advierte alguna reminiscencia gótica.

Sobre pedestales modernos, de mármol, descansan las basas de las columnas y sobre sus capiteles de follaje aparecen los abacos dentellados, viéndose cuatro escudos de armas sostenidos bien por ángeles, bien por animales.

La ojiva de los arcos es notable por su esbeltez, así como los adornos de crucería, y las labores de las bóvedas parecen reflejarse en el pavimento de mármoles cuyos dibujos y colores sorprenden y maravillan.

Ténue y suave luz descende sobre el presbiterio desde el elevado y majestuoso cimborio al cual su fundador pontífice Pedro de Luna dió la forma de tiara, viéndose en los arcos laterales en que se apoya, esculpidas entre otros delicados relieves, las insignias y blasones de aquella nobilísima familia.

En la reedificación de que ya nos hemos ocupado en otra parte, adquirió la forma ochavada un tanto aplastada por lo largo y en su cornisa se advierte el estilo plateresco así como en los nichos de las ocho estatuas de santos colocadas en el centro de cada costado, conservándose empero, el gótico en las ventanas.

En el friso escrita en caracteres lemosines hay una inscripción que encierra la historia de aquella obra y que dice así: «*Cimborium quod in hoc loco Benedictus papa XIII Hispanus, patria Arago, gente nobili Luna extruxerat, vetustate collapsum, majori impensa erexit amplissimus illustrisque Alphonsus catholici Ferdinandi Castellæ, Arago, utriusque Siciliae regis filius, qui gloria finatur; anno MDXX.*»

(1) El diligentísimo y erudito escritor Sr. Quadrado, pudo con mas suerte que nosotros encontrar una cuenta de los gastos de esta obra, que nosotros por falta de tiempo no acertamos á encontrar en los libros de fábrica, por lo cual transcribimos las partidas que aquel señor cita en su obra *Recuerdos y bellezas de España*.

«Espensa extraordinaria de la fábrica de los cadahalsos mandada por el Arzobispo y Cabildo para la representación de la Natividad de nuestro Redentor en la noche de Nadal de 1487, que se hizo por servicio y contemplación de los señores Reyes Católicos, del infante D. Juan y de la infanta D.^a Isabel. — Para hacer las fiestas del buey y del asno, para el pesebre ó piezas de oropel, 7 sueldos. — una libra de coton cardado, 3 s. — tres de lana cárdena y bermeja, 5 s. — unas cabelleras de cerdas para los profetas, 4 s. 6 d. — siete pares de guantes para los ángeles, 6 s. — un par de garrotes para puyar el torno donde estava asentada la Maria, 4 d. — veinte y dos clavos palmares, limados, redondos, para los ángeles, volverse en derredor en las ruedas, 1 s. 10 d. — un par de guantes para el que era Dios Padre, 1 s. 6 d. — Item, pagué el segundo día de Nadal por el desazer el tablado donde estaron los señores Reyes la noche de Nadal, que se lo querian llevar los de la señora Reina diciendo que eran insignias reales, por lo desazer y poner la fusta en recaudo, 2 s. — El tercer día de Pascua por desazer los cadahalsos del entremés de los pastores para la fiesta de los Inocentes, 5 s. — por media libra de oro de bacín para los cielos y ruedas de los ángeles, 6 s. — por una piel de oropel para estrellas, 2 s. — tres libras de *aigua cuita* (cola) para pegar nubes y estrellas, 1 s. 6 d.»

«Mandó el Cabildo dar de estrenas á Maese Just por el magisterio de fazer toda la representación de la Natividad, 5 florines de oro ó 80 s. — A los ministros de los señores Reyes por el sonar que hicieron, 2 florines de oro ó 32 s. — Item, á Maese Piphan (Epifanio) por tantos quinternos que hizo notados para cantar á los profetas, á la Maria y Jesús, medio florin de oro ó 8 s. — A la que hazia la Maria, al Jesús y al Joseph, que eran marido y muger y fizo porque el misterio y representación fuese mas devotamente, mandó el Cabildo dar 2 florines de oro ó 32 s.»

De este friso partén los estribos de la espléndida estrella de la bóveda que está tachonada con diez y seis florones y que por la abertura del centro permite ver la linterna, octogonal tambien, y por cuyas claravoyas penetra la luz.

Fácil es de comprender que la admiración de nuestros viajeros iba aumentando, participando de ella tambien ambos Azaras, pues aun cuando tenían muy conocido el templo que visitaban, las explicaciones de D. Cleto les daban nueva luz sobre aquello mismo que tanto habían visto.

— Pasemos á ver el coro — dijo Azara — que es digno tambien de admirarse.

— Ya lo creo — repuso D. Cleto — como que tambien se debe á la munificencia del arzobispo D. Dalmacio Mur que está sepultado en el centro de su obra.

— Parece que esta verja que le cierra — dijo Sacanell — es de construcción mas moderna que la fábrica de la iglesia.

— Sí señor, pero no por eso es menos digna de elogio. Mas penetremos dentro y observen Vds. con atención.

Efectivamente digno de ser admirado es aquel recinto donde en primer término se destaca la silla arzobispal, en la que campean las armas del prelado Mur y que se halla materialmente cuajada de figuras con doseletes de crestería como las dos inmediatas.

De roble de Flandes es el resto de la sillería con medallones de figuras en los brazos y el alto respaldo circuido por arcos de relieve con arabescos y pequeñas columnitas góticas.

El facistol es de gran mérito tambien, viéndose en los libros de fábrica de 1413, una partida que dice así: «Fizo fazer el arcediano un leon de cera para servir de muestra á los que se deven fazer en los pìedes del fagistol de noguera, é dióse al maestro por su trebollo 4 s. 9 d. Item al maestro pintor Solanas por razon que obró dos leones para el pìed del fagistol, 12 s. Todo el coste del fagistol fué de 480 s.»

El pìe del órgano guarda alguna analogía en sus labores con el coro, por lo cual creemos que no debe haber mucha distancia entre las fechas de ambas obras ni entre las manos que la ejecutaron.

Si en la parte interior de este campea de una manera inmejorable el género gótico, el arte plateresco ostenta todos sus primores en la parte exterior.

El basamento es de mármoles y las obras que sobre él se alzan, las estatuas de san Lorenzo y san Vicente, los cuatro relieves que en él se ven, las columnas que les dividen y aquel cornisamento con agrupaciones de ángeles y pechinas, revelan el portentoso genio de Tudelilla que lo demostró en la obra que nos ocupa.

En medio del trascoro bajo un tabernáculo sostenido por seis columnas salomónicas de negro mármol que cubren una cúpula dorada con adornos de ángeles y por remate la efigie de Jesús resucitado, vése un precioso Crucifijo, á uno de cuyos lados está de rodillas contemplándole en piadoso éxtasis la estatua del canónigo Funes, que fue mas tarde obispo de Albarracín.

De mérito mas inferior son los trabajos hechos en los muros laterales.

Hase seguido en ellos el plan del trascoro, mas desde luego échase de ver que faltaba ya el genio creador de Tudelilla.

De piedra trabajada con esmero es el basamento y las columnas tienen figuritas en los pedestales, pero las estatuas y relieves son mas inferiores á las de que ya hicimos mérito en aquel.

Los relieves representan la muerte de san Dominguito de Val y de san Pedro Arbués.

Este está representado precisamente en el mismo lugar en que tuvo efecto su martirio. En una de las columnas inmediatas estuvieron colgadas las homicidas armas, y en el presbiterio hay una losa con que los Reyes Católicos trataron de conmemorar el sitio donde cayó herido por los asesinos (1).

Los viajeros despues de haber estado contemplando un buen espacio tanta belleza, dieron comienzo á recorrer las capillas que esmaltan los cuatro lienzos de la iglesia.

Atendiendo mas á la ostentacion que al buen gusto la mayor parte de ellas, con sus portadas prolijas en trabajo, pero faltas de pureza y rigor de estilo, conservan cada una, sin embargo, alguna obra, algun recuerdo de su primitiva fábrica que merece verse.

En las capillas de Santiago y San Vicente deben pasarse por alto las portadas para fijarse tan solo en los tres cuadros de Rabiella que hay en la una y en la estatua de san Vicente, obra debida al cincel de D. Carlos Salas.

Contraste notable con las portadas de estas capillas, fórmanle las de las santas Justa y Rufina y del Nacimiento.

Esta conserva todavía su primitiva bóveda y las pinturas en tabla que posee, son notables por lo minucioso de su trabajo y su colorido, mientras que en aquella merecen verse las del retablo y los frescos de la cúpula y de sus muros.

Teatro de sangrienta lucha fue en 16 de noviembre de 1570, la capilla de San Már-

(1) En el libro de *Actos Comunes*, se encuentra la siguiente notabilísima carta dirigida por los diputados al Rey á los doce dias de aquel acontecimiento:

«Miércoles que se contava á quatorce dias del presente, á ora de Maytines aconteció que algunas personas diabólicas, é infieles dieron dos cuchilladas al Rev. Mtre. Pedro de Arbués alias de Epila, inquisidor, la una en el cuello la otra en el brazo, y esto dentro de la Seu, e haun el stando agenollado é faziendo oracion, de las cuales es muerto. Fué cosa tan nueva y tan grave, tanto iniqua y scandalosa quanto Vra. Alteza puede considerar é dio tan grande alteracion en esta ciudat, que á la mesma hora repicadas campanas se armaron infinitas gentes, e con la oppinion e fantasia que este caso havian fecho fazer los conversos á quienes se fasia la inquisicion toda aquella gente que stava armada e plegada senyalaba é fablava de matar é robar dhas. gentes, e mezclada Juderia e Moreria; y es cierto si el robo se hoviera escomenzado á fazer, segunt á la gente popular agrada el robar, se huviera stendido á todas las casas que pudieran fallar ropa. Plugo á la bondat e misericordia divina turbar e evitar el dho. scandalo, de lo qual fué principal causa el Yltre. e Reverend.º Senyor Arzobispo e ayudaronle mucho los nobles D. Lop. Ximenez, D. Felip. de Castro e D. Blasco de Alagon ensembles con el Gobernador, é muchos que á causa de ellos se hubieron bien en el dho. negocio. Y asi la ciudat se reposó y quedamos todos con intencion de facer accérrima e diligent investigacion para saber quien ha cometido é cupido en tan gran maleza y fealdat é castigar el dho. caso para execucion del qual el dho. Yltre. Lugar teniente e la cort dieron poder al Gobernador, Justicia de Aragon é Calmedina que des libertadament pudiesen proceyr e proveyr acerqua todo el dho. negocio con acto de cort. copia del qual con la presente enviamos á V. M., e asi lo fazen que de continuo investigan y entienden en él e á otra part la ciudat, hizo facer oridas é offrecimientos de cincientos florines á quien lo descubriese e los dhos. tres judges scriven á diversas partes, de fuera de este reino todo á fin de investigar y descubrir este fecho, y es universal intencion y voluntad de todos perseguir e castigarlo crudelissimament, si res cruel se puede pensar contra tales delinquentes no perdonando el regno ni la ciudat á espensas ni á trebajos. Los Diputados muy excellent senyor, havemos tardado algun dia de facer la presente sperando si se sentiria algo mas que pudiésemos significar á V. M., et con consideracion que el dho. Yltre. Sr. Arzobispo e la ciudat luego seguido el caso lo intimaron á V. A. Plega á la Magestad Divina de traer en luz este caso, porque para ejemplo e castigo de otros se faga en él tal exsecucion que ella sea servida e vuestra real serenidad en alguna manera satisfecha, á la cual humilmente suplicamos vuelva todavía los ojos á este reyno que está asaz fatigado y en camino e via de perdicion si V. A. no lo remedia, la cual Ntro. Sr. Dios prospere por luengos tiempos segunt desea e á nosotros mande lo que su servicio sea. De Çaragoça á XXVI de setiembre anyo MCCCCLXXXV. Los diputados del reino de Aragon.

cos, siendo condenados por el cabildo los caballeros de Osera y de Maella que promovieron la contienda á hacer una muceta de brocado para el sacerdote que administrase los santos Sacramentos.

El retablo de alabastro con medallones y figuras que existe en la de San Bernardo se debe al arzobispo D. Fernando de Aragon, cuyo es el plateresco sepulcro que encierra aquella en su recinto.

Ideado y realizado por Morlanes, llama la atencion por el buen gusto y el primor de la ejecucion.

En esta misma capilla está tambien el sepulcro de la madre del prelado, D.^a Ana de Gurrea, notable tambien por el trabajo y la efigie de la ilustre dama que en su interior reposa.

Cuatro bustos de góticos angelitos sostienen todavía el arranque de los arcos en la capilla de San Benito; de plateresco y barroco participa la de Santa Elena, mas la de San Gabriel puede considerarse con justicia como un verdadero modelo del estilo plateresco.

La bronceada reja y la marmórea portada abundan en menudas y delicadas labores, mientras que el techo conserva la elegante crucería, y el altar rivaliza con los adornos de la portada.

Fundóla para reposar en ella con el eterno sueño de la tumba D. Gabriel Zaporta.

La capilla de San Dominguito de Val, encierra los restos mortales del tierno infante víctima de la saña judáica en 1250.

La del canónigo san Pedro Arbués tiene aislado el tabernáculo, hallándose enterado el santo, bajo el altar, en una urna con verja de bronce, obra de Gimenez de Taragona.

Entre nubes y sobre el altar, hállase la estatua del mártir, á la que prestan luz en las grandes solemnidades, cinco preciosas lámparas de plata pendientes de la embocadura de la capilla.

Magnífica es tambien la sacristia donde debe admirarse el cuadro del Samaritano, obra segun se cree de Guercino, así como otros varios de gran mérito y en la antigua sala capitular, algunos de Rivera el Espagnoleto.

Fácilmente debemos comprender que despues de haber estado tan detenidamente visitando el templo, no saldrían de él nuestros amigos sin ver la capilla de San Miguel Arcángel, que sirve de parroquia, y donde se encuentra el sepulcro de su fundador D. Lope de Luna, y las alhajas que posee la iglesia de La Seo.

Con el correspondiente permiso, pusiéronse á examinar aquel rico tesoro, llamando su atencion la cruz de oro sobre que prestaban el juramento de los Fueros, los antiguos reyes de Aragon; la magnífica custodia de tres cuerpos que se muestra al público en la procesion del Corpus; los altares de plata labrada que se colocan sobre el ara en las grandes fiestas de la iglesia y otras que seria prolijo enumerar.

XIX.

Recuerdos históricos de *La Seo*.

Difícilmente habrá un templo que como el de La Seo, haya sido testigo de tantas y tan diversas escenas, de tan dramáticos incidentes, y de tan régias pompas.

Coronaciones de monarcas, solemnes bautizos, velaciones de armas, reuniones de cortes, conspiraciones, procesiones y rogativas, de todo ha habido en este templo tan digno de admiracion como obra de arte, cual de respeto por su histórico pasado.

En aquellas sombrías bóvedas donde habia tambien resonado la voz de D. Jaime el *Conquistador*, alzóse tambien la potente voz de aquel terrible monarca coetáneo de D. Pedro I de Castilla denostando á su hermano el infante D. Jaime que se habia puesto al frente de la *Union*, dominando con su audacia á aquella nobleza turbulenta y orgullosa y á aquel pueblo que la ayudaba.

Hé aquí las palabras del Rey segun él mismo las refiere en su crónica:

«E axis' feu que nos estant un dia en les dites corts legent mols capitols desrahonables, y entre los altres ni havia un molt desrahonable e desconvenient qui era gran destrucció de tot lo poble de nostre regne, oynt aquel nos vos levam e altament nos diguem al infant en Jaume: E com, infant? nous basta que vos siats cap de la Unió, éncare us fets concitador del nostra poble, e 'ns avolotan ab aquell? nos vos diem que axó fets á volment e falsa e com á gran traydor que vos sots e axó us entenem a combatre cors per cors guarnit ó menys de guarniment ó que en gonella vos ho combatrem ab coltells, y que us farem per la vostra boca mateixa dir que axó que havets fet havets fet desordenadament, y renunciarem á la dignitat real que haveme á la primogenitura, e us absolem de la dignitat que 'ns sots tengut. E com axó haguem dit, callam; pero nos ordenam que Pero Ximenez de Pomar y en Gonçalvo de Castellví estiguessen als peus del dit infant, per xó que si ell se movia desordenadament vers nos que aquets lo matasen. E lo dit infant en Jaumeavas é dix: Senyor, yo á vos no dich res, mes tot altra hom, exceptat vos, que diga axó, ment per la barba. E dites aquestas paraulas, ell se girá ver lo poble qui era allí per las corts, é dix aytals paraulas: O poble benastruch, vejats com vos yá que com á mi diu aytals paraulas qui som son frase e son lochtinent quant mes dirá á vosaltres. E dites aquestas paraules, ell se assech, e mossenyer Joan Ximenez de Urreaavas e vol parlar e nos qui 'l vehem levar diguemle: en Joan Ximenez assiats vos e nous es ops que parlets, que vos ne altri nous devets metre entre nos el' infant en Jaume, e posats vos é ops queus es. Y ell qui ens oy així parlar descolorit tot, que ell era da si ja blanch, assechse. Y en aquella hora en Guillem Casirera qui era cambrer major del dit infant levás é dix altament: ¡Oh Deu! e no hi ha nengú qui gos respóndre per lo infant qui es reptat de trayció? Cridá á manera de avalot; Viafore! viafore! é anassen á obrir les portes. E així cridant: ell isqué de fora é entraren murmurant. E nos e tots aquells qui eren ab nos y les gents de peus nestres e asimáteix tots aquells qui eren tornats á la nostra part

dels quals havíem ja pres sacrament homenatge e seguretat que nos serien bons e leals, estreguem nos ab los coltells en la ma. E axí levamnos, e isquem de fora, e anamnos al Aljaferia y segons que en apres sabem com nos en fom tornats digueren aquells de la Unió: Be apxar que gran liga hic es feta com lo senyor rey ha dites ay-tals paraulas (1).»

De igual manera en aquel sagrado templo mas de una vez salieron á relucir las espadas, escuchándose en su recinto los mas formidables juramentos.

En él los Reyes católicos asistieron á la representacion de uno de aquellos famosos episodios del cristianismo, primeros albores del arte dramático, el cual segun las descripciones hechas, fue superior á quanto hasta entonces se viera.

Tambien en el augusto templo alzóse muchas veces el solio real para cobijar á los monarcas que iban á recibir su corona de manos de los prelados zaragozanos.

Y al hablar de estas coronaciones, acontecimientos importantísimos de la vida de los pueblos, y de las fiestas inherentes á ellas, que entrañaban las costumbres de la época, no podemos resistir á la tentacion de dar á conocer una de estas escenas, magistralmente descrita por el famoso historiador de Aragon D. Jerónimo Blancas, extractada concienzudamente por D. Joaquin Tomeo y Benedicto, con cuya amistad nos honramos durante su vida y cuya prematura muerte hemos deplorado amargamente por la gran pérdida que con ella han tenido las letras españolas.

Trátase de la coronacion de Alfonso IV el *Benigno* y las fiestas con que este acto se solemnizó, son tan características, por decirlo así, que creemos, á la par que rendir un tributo de respeto al ilustrado cronista de Aragon sucesor de Zurita, complacer á nuestros lectores.

Dice así:

«Divulgada la coronacion que iba á tener lugar en Zaragoza, concurrieron á ella diversos señores de Gascuña, de la Provenza, de Francia y otros reinos y provincias: y señaladamente vinieron embajadores de los reyes de Castilla, Navarra, Bohemia y de los reyes moros de Granada y Tremecen, sus aliados. Sin estos tambien vinieron diversos prelados, ricos-hombres, caballeros y síndicos de las ciudades de Valencia y Cataluña, en tan copioso número, que se juzgaban serian pasados de treinta mil de á caballo. Vinieron de Cerdeña el juez, y arzobispo de Arborea con dos sobrinos suyos, y el almirante y gobernador de Cerdeña, que todos desembarcaron en Barcelona con tres galeras, y de allí vinieron con grande acompañamiento; señaladamente el juez de Arborea trajo consigo mucha gente, porque era tan gran señor en Cerdeña, que casi la mitad de la isla era suya. Los embajadores de los reyes moros tambien entraron muy acompañados, y traian muy grandes joyas y presentes. El infante D. Juan, arzobispo de Toledo, hermano del rey, trajo consigo mucha gente que posó en el monasterio de San Francisco; el infante D. Pedro, hermano del Rey, entró con mas de ochocientos de á caballo; el infante D. Ramon Berenguer, tambien hermano del Rey, con quinientos; el noble D. Jaime de Exerica, con otros tantos, y su hermano D. Pedro de Exerica, entró con doscientos; el vizconde de Cardona, D. Ramon Jolih, trajo

(1) Crónica de Pedro IV, lib. IV, cap. III.

gran muchedumbre de caballeros, y el conde de Pallás, ni mas ni menos. Luna, Castelnou, Moncada, Anglesola, Cardona, Cerbellon, Cornel, Ximenez de Urrea, Castro, Ribellas, Eril, Villamur, Caramany, Cruillas, Fernandez de Izar, Fernandez de Vergua, Castellot, Almenara, Tramacet, Ibies, Perez de Arenos, Duerta de Arenos, Ricaberti, Cabrisa, el maestro de Calatrava, el maestro de Montesa, el comendador de Montalvan, D. Fr. Sancho de Aragon, Castellan de Amposta, cada uno de estos entró con mucha gente de á caballo. Señaladamente los ricos-hombres, que como en aquellos tiempos tenian muchas caballerías y las daban á caballeros que por esta razon se decian sus vasallos, de ordinario solian llevar mucha gente de á caballo consigo. De los eclesiásticos, á mas de los dos arzobispos de Toledo y Arborea, concurren el arzobispo de Zaragoza, D. Pedro Lopez de Luna, los obispos de Valencia, Lérida, Huesca y Tarazona, y otros obispos, abades y priores de diversas partes; concurren tambien los síndicos de las ciudades y villas de Aragon, Valencia, Cataluña, que fueron muchos y todos vinieron muy acompañados con tropas, atabales y menestriales; de suerte, que se puede bien creer seria el mas copioso ajuntamiento que se hubiese visto jamás en esta ciudad para una fiesta, y que pudo muy bien ser que pasasen de treinta mil de á caballo.

«Todos estos entraron en Zaragoza despues del Rey, que entró la semana de Ramos, con solo los oficiales de su casa y corte, que eran muchos; y entraban todos de luto por la muerte del rey D. Jaime II. Y así lo estuvieron los dias que hubo de aquella semana hasta el Viernes Santo, á la tarde que el Rey mandó que al dia siguiente Sábado santo, dicha el alleluya, se lo quitasen y se aparejasen muy de propósito para la fiesta.

«El Sábado santo, dicho el alleluya y repicadas las campanas, comenzaron á salir las galas de los caballeros y cortesanos que allí habia, que fueron muchas y costosas libreas de seda y brocado que en aquellos tiempos llamaban paño de oro; desto y de Peñas Veras ó armiños, iban vestidos los mas principales. Y los primeros que dieron principio á la fiesta fueron los seis síndicos que estaban por la ciudad de Valencia, porque partiendo de mañana de su posada, que la tenian cabe la iglesia de La Seo, y llevando delante de sí sus trompetas y atabales y los juegos de dulzainas y ministriles que habian traído, yendo todos, muy ricamente vestidos, de dos en dos en caballos enjaezados, y sus escuderos delante, de la misma manera, fuéron á la Aljafería atravesando á lo largo toda la ciudad, por la calle Mayor al Mercado y por la calle de San Pablo al Portillo, y de allí á la Aljafería. De esta suerte el mismo dia por la mañana, acudieron todos los demás al mismo palacio, yendo cada uno de los señores principales por sí y con su acompañamiento particular lo mas en orden que podia y con grande estruendo de música y atabales. Llegados á la Aljafería comieron todos allí. Despues, volviéndose á sus posadas con el mismo orden y acompañamiento que habian venido, tañidas vísperas, ordenaron de encender los blandones y hachas de cera que cada uno tenia. Y ya en las paredes de las calles por donde el Rey habia de venir desde la Aljafería á la iglesia Mayor, estaba escrito y señalado á cada uno el puesto y lugar donde debian de arder los suyos. Porque habian de estar fijos, sin mu-

darse, y solo habian de servir de dar luz para cuando el Rey pasase, que se suponía que sería de noche, como en efecto así fue. Y desta manera, en muy buen orden, se llenaron las calles de hachas y blandones de cera, que de solo los seis síndicos de Valencia hubo ciento y cincuenta blandones de á doce libras, todos con armas y escudos reales. Puesto esto á punto, y atañidas las oraciones salió el Rey de la Aljafería por este orden: los primeros de todos iban á caballo los hijos de los que habian de ser armados caballeros aquel día, llevando sus espadas; detrás de estos seguian los que llevaban las espadas de los ricos-hombres que el Rey habia de armar caballeros, que á los otros primeros, otros caballeros ó ricos-hombres los armaban: despues de estos iba la espada del Rey, que la llevaba un rico-hombre muy principal llamado D. Ramon Cornel, que era de su consejo y muy privado suyo, acompañado de otros dos ricos-hombres que lo llevaban en medio; y la espada era la mas rica que en aquel tiempo se sabia que tuviese rey ni emperador. Despues de la espada iban dos carros triunfales del Rey, en que iban ardiendo dos grandes cirios, cada uno de diez quintales (1) que tanta era la luz que estos daban por donde pasaban, que parecia de día claro. Luego tras de estos cirios venia el Rey á caballo, vestido un arnés riquísimo, y luego detrás venian los ricos-hombres que llevaban sus armas, yendo cada uno en medio de otros dos. Despues de estos iban los ricos-hombres que el Rey habia de armar caballeros, despues los que los infantes, y los postreros de todos los otros caballeros que habian de ser armados por los ricos-hombres yendo todos de dos en dos por su orden. Pasados estos, venian tambien de dos en dos los que llevaban las armas de los caballeros noveles, y así iban todos á caballo en corceles muy bien enjaezados y ellos magníficamente vestidos con ricas vestiduras, llevando muchos de ellos riquísimos arneses: la demás gente, exceptuados los infantes D. Pedro y D. Ramon, iban á pié acompañando al Rey, llevando entre sí de trecho á trecho grandes músicas de trompetas, atabales, dulzainas, ministriles y comparsas de salvajes, que iban todos por las calles apellidando á voces: — «Aragon, Aragon, por el rey D. Alonso, nuestro señor.» Desta manera llegó el Rey á la iglesia de La Seo, sería ya pasada la media noche; y lo que restó della hasta el alba, pasóse en oír los maitines que se dijeron con gran solemnidad por los arzobispos, obispos y otros prelados y personas eclesiásticas que allí se hallaron; y la gente popular anduvo cantando prosas y oraciones con grandes muestras y señales de contentamiento. El día siguiente, primero de Pascua de Resurreccion, á 3 de abril, el arzobispo de Zaragoza, D. Pedro Lopez de Luna se revistió para decir la misa de pontifical; el Rey puso sobre el altar mayor la corona y la espada. Despues se vistió el alba como si hubiera decir misa, y sobre el alba se puso la estola y el manipulo y sobre todo la dalmática real, que era muy rica, y la estola y manipulo lo eran tanto, que se estimaban en una gran suma, porque estaban cuajados de perlas y piedras preciosas. Y á cada cosa de estas que el Rey se ponía el arzobispo decía su oracion.

«Hecho esto, el arzobispo comenzó la misa con grande solemnidad, y dicha la epis-

(1) No se admirará de la grandeza de estos cirios quien sepa que el cirio Pascual de la santa iglesia de Sevilla tiene ochenta arrobas de cera blanca. — (Rodrigo Caro, en *las antigüedades de Sevilla*, lib. XI, cap. I).

tola hízose el Rey calzar las espuelas, la derecha á su hermano el infante D. Pedro y la izquierda á su otro hermano el infante D. Ramon. Despues, allegándose un poco al altar, tomó la espada en su mano y con ella, postrado, se puso en oracion, y así estuvo un rato diciendo sobre él diversas oraciones el arzobispo. Y acabadas que fueron, volvió el Rey á hacer oracion otra vez, y besada la cruz de la espada, él mismo se la ciñó, y arrancándola luego de la vaina, blandióla tres veces; luego volvió á envainarla, y cuando fue cantado el Evangelio, ofrecióse el Rey á Dios nuestro Señor, suplicándole fuese siempre en su guarda y le diese victoria contra sus enemigos. Entonces el arzobispo de Zaragoza que decia la misa, ungió al rey en la espalda y en el brazo derecho y prosiguió adelante en su misa. Y despues que fue acabada, volvióse el Rey á desceñir su espada, púsola sobre el altar donde antes habia estado, junto á la corona, y estúvose quedo en su sitial. En esto el infante D. Juan, arzobispo de Toledo, su hermano, se revistió y comenzó otra misa, y poco despues que la hubo comenzado, tomó el Rey de sobre el altar la corona y él mismo se la puso en la cabeza, y teniéndola así puesta, llegaron á él el mismo infante su hermano, que decia la misa, y los otros infantes sus hermanos, D. Pedro y D. Ramon y se la aderezaron. Entonces todos los arzobispos, obispos, abades, priores y los demás eclesiásticos que allí se hallaron, comenzaron el *Te Deum laudamus*. Y en el entretanto que este se cantó, tomó el Rey en su mano derecha el cetro de oro y mudólo á la izquierda, y despues tomó el pomo y túvolo en su mano derecha, diciéndose á cada cosa destas sus oraciones. Hecho esto, pasóse adelante en la misa, que el arzobispo de Toledo dijo, y acabada que fue, sentóse el Rey en su sitial, que estaba puesto delante el mismo altar mayor, y puestos el pomo y cetro sobre el altar, teniendo la corona en la cabeza, hizo venir ante sí los ricos-hombres que habia de armar caballeros, de uno en uno, y á todos los armó, que fueron estos: Exerica, Jolih, Luna, Pallás, Fernandez de Ixar, Anglesola, Ximenez de Urrea, Cornel, Cervellon y Moncada, y así como el Rey los armaba caballeros, se salian de la capilla mayor donde el Rey estaba, y se iban á una de las otras capillas junto al coro, donde, con la misma ceremonia que el Rey los habia armado caballeros, armaban á otros.

«El infante D. Pedro armó caballeros al noble D. Dalmau, vizconde de Castelnou; D. Guillen de Eril, vizconde Villamur; y D. Gilabert de Cruillas, que fueron cuatro. El infante D. Ramon solamente armó tres. Todos estos ricos-hombres y nobles, nuevamente armados caballeros así por el Rey como por los infantes, puestos en sus capillas, luego armaban á otros. D. Jaime de Exerica en su capilla armó veinte caballeros. El hijo del juez de Arborea ordenóse que luego que llegase á Cerdeña armase veinte caballeros, los diez catalanes y los otros diez aragoneses. El vizconde de Cardona armó solo tres nobles caballeros: á su hermano D. Ramon, al noble D. Amorós de Ribelles, y á D. Pedro de Regal; despuse D. Lope de Luna armó veinte caballeros y el conde de Pallás otros veinte. D. Alfonso Fernandez de Ixar, quince; D. Guillen de Anglesola, diez; D. Juan Ximenez de Urrea, otros diez; D. Berenguel de Anglesola, tambien diez; D. Pedro Cornel, D. Guillen de Cervellon y D. Ot de Moncada, tambien armaron otros diez cada uno. Y de los que armó el infante D. Pedro: el vizconde

de Castelnou, el noble de Eril y el vizconde de Villamur, asimismo armaron otros cada diez, y el noble de Cruillas no mas de seis; y de los tres que armó el infante D. Ramon, tambien armaron cual á ocho, cual á diez.

«Y así como cada uno acababa de armar en su capilla, se salia con ellos y se iba á la Aljafería, yendo delante dél los que llevaban las espadas; despues iba él solo y á él seguian detrás todos los armados caballeros, marchando todos de dos en dos á caballo. Por este órden se fuéron á la Aljafería, que fue un hermosísimo espectáculo. Cuando ya todos estos doce ricos-hombres con sus caballeros hubieron salido de la iglesia Mayor, camino de la Aljafería, como se ha dicho, el Rey bajó del altar mayor llevando el pomo en la mano derecha y el cetro en la izquierda, y su corona puesta en la cabeza, y salió á la puerta de la iglesia donde se puso en su caballo que ya le estaba aparejado, riquísimamente enjaezado, y comenzó á caminar hácia la Aljafería por las calles que habia venido, llevándole delante su espada y detrás sus armas los ricos-hombres que las habian traído. La corona era riquísima, toda de oro, llena de piedras preciosas, rubies, balaxes, zafires, turquesas y esmeraldas, y delante tenia un carbunclo de grande estima; toda ella seria de un palmo en alto, y tenia diez y seis florecillas ó mureznos que habia en ellos algunas perlas muy gruesas; y así, toda ella se estimaba en 50,000 escudos. El cetro tambien era de oro, de tres palmos largo, y en la punta tenia un rubí muy grueso. El pomo asimismo era de oro y tenia en lo alto una flor y sobre ella una cruz muy bien labrada. De manera, que todo lo que el Rey llevaba aquel día con los aderezos del caballo, se estimaba en mas de 150,000 escudos, que para aquellos tiempos era una gran suma.

«Con estas insignias reales y con las vestes de dalmática, estola y manipulo con que habia estado en la coronacion, subió el Rey en su caballo, de cuyo freno y de los brazos dél salian dos pares de riendas, las unas eran las del mismo caballo que lleva al cuello y servian para regirlo, y destas llevaban de la parte derecha el infante D. Pedro y de la izquierda el infante D. Ramon, y muchos ricos-hombres de Aragon y Cataluña. De las otras riendas, que eran de seda blanca y tenian cincuenta palmos de largas, llevaban otros ricos-hombres, caballeros y ciudadanos, y tras ellos, los postreros de todos, iban los síndicos de las ciudades de Zaragoza, Valencia, Barcelona y Tortosa, que eran por todos veinte y dos, y en este órden iban todos á pié acompañando al Rey, pues á ninguno se le permitió ir á caballo sino al que llevaba la real espada que iba delante de los que cogian las riendas.

«Y con esta magnificencia fue llevado el Rey á la Aljafería, que cuando llegó serian bien las tres de la tarde. Las calles estaban muy aderezadas, llenas de instrumentos de música; de trompetas habia mas de trescientos juegos; de juglares y disfraces de salvajes y de otros mas de mil.

«Llegado á la Aljafería, apeóse el Rey y subiése á su aposento, del cual salió de allí á un buen rato con otra corona menor, porque la primera le pesaba mucho; y no era esta tan pequeña que no tuviese medio palmo en alto, ni valia tan poco que no se estimase en 25,000 escudos. Con esta, pues salió á la gran sala y dejando en un sitio de brocado que estaba á la mano derecha, el pomo y en otro que estaba á la izquierda

el cetro, se sentó á comer en una mesa que le estaba aparejada, mas alta que todas, y tendría diez y ocho palmos de larga, y en ella, á su mano derecha, un poco apartado dél, se sentó el infante D. Juan, su hermano, arzobispo de Toledo, y á la otra parte, que era la mano izquierda, algo mas apartados, se sentaron los arzobispos de Zaragoza y Arborea (el de Zaragoza primero).

«Despues, en otra mesa mas baja, á la misma mano izquierda, se sentaron los otros obispos, abades y priores. Y en otra á la derecha, los ricos-hombres que el Rey habia armado caballeros aquel día y tras ellos los otros caballeros nobles. Los postreros de todos se sentaron los ciudadanos y síndicos de las ciudades principales que allí concurrieron, cada uno en el lugar que se le señaló.

«A estas mesas servian nobles personas con tanto orden y concierto, que con ser tantos parecia que no habia ninguno: la mesa del Rey se sirvió desta manera: el infante D. Pedro hizo el oficio de mayordomo, el infante D. Ramon sirvió al Rey la tohalla y despues la copa, y doce ricos-hombres con él sirvieron la mesa.

«Desta manera se sirvió la comida. Acabada que fue, quitáronse las mesas y aderezóse un tablado muy rico en medio del cual se asentó el Rey en su silla, con la corona puesta en la cabeza y el pomo y cetro en las manos, y á sus lados los arzobispos algo apartados dél, como habian estado en la mesa; y por las gradas del tablado, á los piés del Rey, se asentaron los ricos-hombres, caballeros y ciudadanos que allí habia.

«Cuando todos estuvieron así asentados, uno de los juglares que allí estaban, llamado Romaset, comenzó en voz alta á cantar una villanesca que el infante D. Pedro habia compuesto en honra y alabanza del Rey y por la solemnidad de aquella fiesta.

«Y acabado esto, el mismo Romaset, que tenia muy linda voz, cantó otra cancion compuesta por el mismo infante, toda en alabanza del Rey; despues entró otro juglar llamado Novellet, y este recitó en voz y sin cantar mas de setecientos versos que el mismo infante habia compuesto en lo que entonces decian reseña vulgar (1).

«Cuando todo esto fue acabado, que era ya muy bien tarde, el Rey se entró á su aposento á descansar, y los demás se fuéron á sus posadas. El lunes siguiente tambien hizo plato y dió de comer á los mismos. Y el martes el infante D. Pedro convidó al Rey y á toda la corte en su posada, que no se sabe cual era. El miércoles el infante arzobispo de Toledo en el monasterio de los frailes Menores, donde posaba, hizo lo mismo. Y el jueves, el infante D. Ramon, y con este se acabaron los banquetes, habiendo en todos estos días grandes fiestas y diversas invenciones de bailes por la ciudad, y entre ellos mas de trescientos que llamaban bordonadores, y cien caballeros é hijos de caballeros y ciudadanos honrados que, como decian, tiraban al tablado. Sin esto hubo mas de cien jinetes de Valencia y de Murcia muy bien aderezados, con grandes pretales de cascabeles, que iban dando carreras por las calles, regocijando la fiesta. Esto de tirar al tablado era un juego y ejercicio de caballería muy usado en los tiempos antiguos de lanzas arrojadas que se hacia de esta suerte: hincábanse en tierra unos palos largos y derechos y en estos se ponian atravesadas unas tablas de madera á modo de palen-

(1) Romance.

que, sino que era menor y subia en alto, y estaba al un lado de la carrera, y á esto llamaban tablado.

«Los que entraban en esta fiesta, partiendo de su puesto, corriendo en sus caballos á toda furia, arrojaban sus lanzas, que llamaban hastas, procurando en todo caso de acertar en el tablado, como que tirasen á deshacello. El que tenia tanta pujanza en el brazo y tan buen tino, que acertando á dar en el tablado hincaba en él su lanza, ó lo pasaba de claro en claro, ganaba precio y teniase en mucho. Porque no se permitia que el cabo de estas lanzas con que se habia de dar el golpe tuviese ningun género de punta, ni de la misma madera de la lanza, ni de hierro: solo podia tener un cercillito de hierro, hueso ó de otro metal, á la manera del cuento. Y así venia á tenerse en mucho el hincar las lanzas en este tablado, y mucho mas si se pasaba, habiéndose de arrojar, como se arrojaba, de léjos y llevando los caballos á espuela batida. Que esto se hacia para ejercitar los caballeros en esta milicia á imitacion de lo que en la guerra se usaba, que así con lanzas arrojadizas aunque con puntas de diamantes, se solia embestir en los enemigos, y el tablado servia en lugar de los arneses que solian llevar.

«Además de esta fiesta que era tenida en mucho, al un lado de la Aljafería, se habia hecho un hermoso campo, todo cerrado con tapias, donde cada parroquia de la ciudad llevó su toro divisado con las armas reales y mucha música y montería que lo alanceaba á manera de caza salvaje.

«Tambien por las calles hubo grandes danzas y bailes y se encarece en estas fiestas la grande armonía habida entre naturales y extranjeros, y los obsequios prodigados por aquellos á cuantos llegaron á la ciudad ávidos de regocijos.»

XX.

Iglesia de las Santas Masas ó Santa Engracia.

Nuestros viajeros estuvieron largo tiempo admirando una por una todas las bellezas de aquel templo que D. Cleto les iba describiendo con tan buen criterio como sencillez.

Los mismos Azaras se maravillaban de aquella profunda erudicion hija de un estudio sano y de un verdadero afan de saber.

Cuando abandonaron la iglesia de La Seo preguntaron todos:

—¿Dónde vamos ahora?

—Ustedes dirán, señores,—repuso D. Cleto indicando á los aragoneses—Vds. que son hijos del país y que por lo tanto deben conocer mejor que nosotros los sitios mas importantes.

—Irémos á la Aljafería—dijo el anciano Azara.

—Con perdon sea dicho,—contestó D. Cleto—me parece que siguiendo el orden que nos hemos propuesto, tras de La Seo debemos visitar la iglesia de las Santas Masas y sucesivamente las demás para terminar con la riquísima joya de Zaragoza, con el Pilar donde obras tan notables se han hecho desde que yo la ví.

— ¡Otra! pues tiene razon — dijo Azara padre — chico ni tú ni yo habíamos caído en eso; cuando yo digo que V. sin ser de Zaragoza sabe de ella mas que nosotros...

— Si he indicado la iglesia de Santa Engracia no ha sido como monumento de arte sino como tradicion religiosa. Despues del venerando suelo del Pilar, creo que el regado con la sangre de tantos mártires es el que naturalmente debe llamar nuestra atencion.

— Dice V. bien, dice V. bien — repusieron los dos aragoneses.

Y en consecuencia quedó decidido el dirigirse á Santa Engracia.

Efectivamente razon tenia D. Cleto.

Ningun otro sitio en Zaragoza guarda mas recuerdos religiosos que el lugar que nos ocupa.

El pretor Daciano habia recibido de Roma el encargo de ahogar entre sangre el naciente cristianismo y apenas llegó á Zaragoza, dió comienzo á su sangrienta mision.

Engracia y diez y ocho ilustres varones sufrieron con heroica constancia el martirio y Valero y Vicente fueron terriblemente perseguidos.

Mas no estaba contento con esto el Pretor.

Un decreto de proscripcion mandaba salir inmediatamente de la ciudad á todos los cristianos.

Hé aquí en qué términos, un moderno cuanto malogrado historiador de Zaragoza, refiere este dramático suceso, origen y fundamento del templo que vamos á visitar (1).

«Una lucida compañía de caballeria romana salió por las calles de la ciudad escoltando un peloton de lictores cuyo jefe enarbolaba el pendon de Roma.

Era un nuevo pregon.

El pueblo atraido por la curiosidad y no sin temor, se arremolinaba en torno á la comitiva.

Estas nuevas órdenes, se reducian á mandar á todos los cristianos que abandonasen la ciudad al salir el sol del siguiente dia, sin exceptuar sexos ni edades.

La publicacion de estos mandatos volvió un tanto la calma á los infelices católicos que veian deshecha la negra nube formada sobre sus indefensas cabezas.

Mas no con pocos suspiros y lloros se despidieron de los lares queridos donde habian visto la luz primera y aprendido los preceptos santos de la hermosa religion, por la que se sacrificaban.

Pero era preciso obedecer y se prepararon á ello.

El sol asomaba ya por el Oriente; en torno suyo se extendian, en forma de auréola, rojas y resplandecientes nubes.

La puerta de Occidente era la destinada para la salida de los proscritos; á sus lados se veian formados en línea hasta cuarenta lictores fieros y amenazadores.

Una hueste numerosa comenzó entonces á desfilar por el muro en direccion á las afueras de la ciudad.

Allí caminaban ancianos de blanca barba apoyados sobre robustos jóvenes, tímidas doncellas, llorosas madres con sus tiernos hijos en brazos; todos llevando sobre sus

(1) Tomeo y Benedicto.

hombros y cabezas miserables líos donde se encerraban sus únicas riquezas, y despidiéndose con lágrimas y sollozos de la patria de sus padres.

El espacio resonaba con los gritos lastimeros de los desterrados.

Aquellas gentes traspasaron, por fin la puerta, y se hallaron fuera de Augusta siempre custodiadas por un numeroso peloton de caballería.

Luego que los cristianos salieron de la ciudad, la puerta de esta se cerró con estruendo, y aquellos se encontraron en el monte rodeados de inmensos bosques de encinas y abetos que no léjos del muro comenzaban, cerrando el horizonte, mientras á su izquierda asomaba entre la maleza el murmurante Huerva.

Un triste pensamiento cruzó por la mente de todos aquellos desgraciados.

Volvieron sus ojos arrasados en lágrimas hácia la ciudad querida y comenzaron á caminar en silencio.

El eco de un clarin sonó luego no muy lejano.

Entonces tuvo lugar otra escena espantosa y horrible: escena fraguada, sin duda, por las deidades del infierno.

De todos los bosques de encinas y olivos que se extendian al rededor de los cristianos, salió una griteria terrible; los proscritos detuviéronse espantados y antes de comprender, vieron precipitarse sobre ellos numerosas huestes de caballería.

La carnicería comenzó.

Niños, mujeres, ancianos, jóvenes, todos cayeron bajo los sangrientos aceros del romano: una inmensa polvoreda ocultó á los rayos del sol aquel nefando cuadro de donde salian alaridos de muerte y carcajadas horribles.

Al disiparse, solo pudo verse una montaña de cadáveres destrozados y una legion de hombres feroces y ensangrentados que se dirigian á la ciudad.

La historia y la tradicion elevan el número de víctimas á diez y siete mil.

Satisfecho el feroz Daciano quiso evitar que aquellos cuerpos fuesen recogidos por los cristianos que hubiesen podido escapar de su infame astucia.

Al efecto mandó encender hogueras y arrojar en ellas los restos de los mártires juntamente con los de otros malhechores encerrados en las cárceles, para que, mezcladas sus cenizas, evitasen la última tentativa de los perseguidos.

El fuego consumió pronto las inmensas pirámides de cadáveres que se elevaban no léjos de los muros augustanos.

Llegada la noche, una leve niebla se extendió sobre las humeantes cenizas y dejó caer en ellas los diamantes de un rocío vivificador, al mismo tiempo que soplaba un viento suave y apacible.

Unas masas blancas como trozos de nieve se formaron entre los huesos calcinados y los troncos medio apagados.

Eran las cenizas de los mártires separadas de toda otra materia, gracias á aquella milagrosa lluvia y que, recogidas luego por los cristianos, fueron depositadas en unos vasos de piedra junto á los restos de Engracia y sus compañeros, en el venerado subterráneo al que dieron nombre (1).

(1) Iglesia de las Santas Masas.

Desde entonces los moradores de Augusta, aunque gentiles, no pasaron sin cierto horror y respeto por aquella puerta de la ciudad que, en vez de llamarla de Occidente, apellidaron Cinérea (de las cenizas) en memoria del tremendo suceso que en sus umbrales habia tenido lugar (1).

No solo los muros de César Augusta se tiñeron de sangre, sino que la venganza de Daciano fue lo bastante para verterla en otros puntos.

Los cristianos que lograron escapar de la cruel matanza y huyeron al través de bosques y montañas, viéronse alcanzados en los campos de Agreda (Castilla la vieja) y acuchillados sin piedad.

Tales eran las órdenes transmitidas por los emperadores á su digno general y tal la ferocidad de este para llevarlas á cabo.»

La paz de Constantino permitió que el cementerio de tan innumerables mártires pudiera erigirse en templo, aun cuando reducido á cortas proporciones.

En el siglo VI encargáronse de su custodia monjes que unos llaman jerónimos y benedictinos otros; pero su verdadero desarrollo se debe á san Braulio, quien le ensanchó y protegió extraordinariamente.

La invasion agarena no fue suficiente á extinguir aquel asilo del Cristianismo.

° Allí acudían todos los perseguidos por el fanatismo musulman, y más de una vez la sangre de los cristianos modernos empapaba aquella tierra regada con la sangre de los cristianos primitivos.

En 1389 descubriéronse los cuerpos de santa Engracia y san Lupercio en los nichos dentro de un sepulcro de piedra con dos inscripciones, en las que constaba el nombre de los mártires, y semejante hallazgo inspiró mas ferviente devoción por parte de los zaragozanos á la santa Virgen.

D. Juan II que creyó deber á la influencia del milagroso clavo del martirio de la Santa, la curacion de las cataratas que padecia, legó á su hijo la obligacion de restablecer el monasterio.

Bajo la advocacion de Santa Engracia, y sin omitir gasto alguno abrióse la nueva casa, debiéndose su construccion al arquitecto vizcaino Juan Morlanes.

Monjes jerónimos la habitaron, y aun cuando renovada la primitiva construccion sosteniase todavía sobre sus robustos cimientos, cuando en la noche del 13 de agosto de 1808 al alzar los franceses el cerco que pusieran á la ciudad, despidiéronse de ella volando el convento de Santa Engracia.

Las obras de Berruguete que se ostentaban adornando la capilla, los sepulcros de Jerónimo Zurita el ilustrado autor de los *Anales de Aragon* y de Jerónimo Blancas erudito historiador tambien, el claustro plateresco, obra de Tudelilla, la riquísima biblioteca y las pinturas tan notables que allí existian, todo desapareció.

Únicamente quedó en pié la portada de mármol, cuyo estilo parece ser, mas que del viejo Morlanes, de su hijo, que prosiguió los trabajos de la fábrica.

(1) De este nombre ha venido hoy á llamarse de Cineja, aun cuando algunos pretenden que este título se lo dió el pretor Cinégio, prefecto ó juez de los judios por los años de 386.

D. Cleto fue refiriendo á sus amigos todos estos antecedentes, por manera que al llegar ante el mencionado templo, exclamaron :

— ¿Esa es la portada que se pudo conservar?

— Sí señores. Reedificóse el templo posteriormente y ahí como enclavada en ese modesto muro de ladrillo pueden Vds. admirar todavía el buen trabajo de esos preciosos restos.

El estilo de la portada es completamente plateresco.

Altas columnas abalaustradas flanquean el arco de entrada, viéndose en los intercolumnios las estatuas de los cuatro doctores de la Iglesia.

Una doble fila de serafines sirven de orla al arco mencionado y en el segundo cuerpo, véanse las figuras de los reyes fundadores orando de rodillas ante la Virgen María, que con su Hijo en brazos ocupa el centro.

Un Crucifijo y las estatuas de san Juan y la afligida Madre sirven de remate á esta portada.

Franqueada la puerta, nuestros viajeros descendieron á la iglesia subterránea, sintiéndose vivamente impresionados al penetrar en aquellas catacumbas tan llenas de recuerdos dignos de veneracion y respeto.

Al resplandor de las lámparas y á través de las pilastras que á seis por parte dividen en cinco naves aquel recinto, véanse los sepulcros de los mártires «tan rudos según el arte, tan ricos de gloria para el cielo y de veneracion en la tierra (1).»

Uno de estos sepulcros es el que constituye el altar mayor. Esculpidas en su frente, véanse veinte y siete figuras en su mayor parte sin cabeza, advirtiéndose en el centro una de mujer, que se supone trate de representar la de la santa Engracia.

Obra sin duda de los primitivos artistas cristianos, demuestra ya su afan por legar á las generaciones futuras en aquella obra de piedra consiguado, el recuerdo de tan heroicas víctimas.

Sobre el altar está la efigie de la Santa, rodeada de sus diez y ocho compañeros.

Innumerables, los mártires que sucumbieron en aquel sitio al furor de Daciano, apenas guárdase memoria mas que de la noble Virgen que les precedió en su martirio, y de los compañeros que con ella sufrieron la gloriosa muerte.

Lamberto, siervo de un pagano y decapitado por este según la tradicion, recogió el tronco la mutilada cabeza, y con ella en las manos entonando cánticos de gozo anduvo un buen espacio hasta que se reunió con sus demás compañeros de martirio, encontrando sepultura en este mismo lugar.

El papa Adriano IV en 1522 según aseguran varios documentos, vió el cuerpo de san Lamberto en esta iglesia, y la ciudad le regaló una reliquia del Santo en una primorosa caja de plata.

En medio del templo hállase el brocal del pozo que no se abre sino con gran solemnidad y en presencia de los reyes de la tierra, pozo del cual se extrajeron tantas reliquias, y donde tal vez reposen confundidas otras tantas.

(1) Cuadrado, *Recuerdos y bellezas de España*.

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un examen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevación á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad. — Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cobada, doctor en sagrada teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas. — Espléndida edición ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los asuntos tratados en la obra.

Consta de dos abultados tomos en 4.º mayor, con 26 láminas, á 100 rs. en rústica y 120 en relieve. A los señores que no les convenga adquirir la obra de una sola vez, se les proporcionará por entregas, dejando á su voluntad las que gusten tomar semanalmente hasta que posean las 96 en que esta dividida, siéndoles servidas con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, y cuyo precio es de UN REAL cada entrega de 16 páginas.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA.

desde su fundación hasta nuestros días. Colección de litografías representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Van publicadas 22 entregas á 5 rs. una; facultando asimismo á los señores que gusten suscribirse para adquirir las entregas á su comodidad. — Se reparte por ahora una mensual.

El remordimiento, ó la fuerza de la conciencia.

novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Esta obra se publicará en dos tomos de regulares dimensiones en 4.º, al precio de medio real la entrega de ocho páginas en toda España, y a tornada con veinte preciosas láminas en boj, representando los principales asuntos de la obra, las que serán regaladas á nuestros suscritores en el decurso de la publicación. — Salen cuatro entregas semanales.

Puntos de suscripción y venta.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripción.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendándose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscritores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en Sellos de franqueo, Libranzas del Giro mútuo, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.